

Revista Electrónica de Psicología Social «Poiésis»

ISSN 1692-0945

Nº 17 – Junio de 2009



¿ES POSIBLE LA EMERGENCIA DEL SUJETO SOLIDARIO EN UNA COTIDIANIDAD SIGNADA POR LA CULTURA DE LA EXCLUSIÓN?

Liliana P. Arbeláez Naranjo

Psicóloga social
FUNLAM

... la historia de la humanidad, a través de todos sus siglos, desde las sociedades primitivas hasta hoy, ha puesto de manifiesto que en medio de las dificultades que obstaculizan el desarrollo integral de las personas, estas reaccionan, creando métodos que le posibiliten el acercamiento a una utopía que subyace, abierta o tácitamente en los discursos culturales, en los imaginarios, las cuales refieren de distintas maneras el sueño de un mundo feliz, en el cual los procesos de ser, estar, hacer y poder en el mundo, se focalicen en resolver los asuntos del manejo de la naturaleza y de la sociedad, no en función de unos pocos, sino de todos, sin injusticias y prevenciones de orden político, económico y cultural.”
Gonzalo Pérez

El objetivo estratégico del trabajo de interacción psicosocial, que nutre el presente escrito, en su diseño y ejecución, fue rastrear, fomentar y fortalecer, desde la formación psico-lúdica, las prácticas cotidianas de la solidaridad de los estudiantes y docentes de 10 Instituciones Educativas del Proyecto del Ahorro Escolar de la Fundación Confiar¹. A partir de dichas prácticas se identificaron los “contextos simbólicos” (Carmona, J., y Tobón, F, 2008) que permiten la construcción colectiva de herramientas psicopedagógicas pertinentes para la emergencia del sujeto solidario, en tanto agente que construye, fomenta, fortalece y mantiene la solidaridad como parte

¹ Institución Educativa Ramón Múnera Lopera Sección Bachillerato, Mariscal Robledo Sección Bachillerato, Javiera Londoño Sección Bachillerato, Centro Formativo de Antioquia Sección Bachillerato, Institución Educativa Alfredo Cock Arango Sección Bachillerato, La Esperanza Sección Bachillerato, Ciudad Itagüí Sección Bachillerato, Centro Educativo El Cerro, El Placer, Educativo El Plan

de sus prácticas cotidianas. Herramientas psicopedagógicas que sirvan de instrumentos en la Educación Solidaria, al sector cooperativo y solidario de la ciudad de Medellín, especialmente a la Fundación Confiar y a la Alianza por el Fomento de la Cultura Solidaria, en la cual estuvo enmarcado el trabajo de intervención. Para ello se rastreó el concepto de solidaridad, cooperación y asociatividad, se buscaron los referentes históricos en la economía solidaria y el movimiento cooperativo, además de cimentar el proceso de intervención con los fundamentos del Interaccionismo Simbólico, las producciones sobre el sujeto solidario, la pedagogía de la cotidianidad y la educación integral, donde el eje principal es la dimensión emotiva del sujeto y los aprendizajes significativos que han configurado sus modelos de entender, ser y estar en el mundo

La reflexión y los cuestionamientos que llevaron a la pregunta por la emergencia del sujeto solidario como elemento fundamental, que constituye y consolida una cultura solidaria, trasladaron el tema de la solidaridad de las ciencias sociales, tales como economía, la política o la sociología, hacia el centro mismo de la Psicología Social.

Muchas fueron las preguntas que guiaron el recorrido teórico y la consiguiente formulación del proyecto de intervención, pero el eje central que permitió plantear sus objetivos iniciales fue la búsqueda y construcción de herramientas psicopedagógicas, que permitieran impactar la vida cotidiana de los sujetos agentes de las 10 comunidades académicas, que hicieron y harán parte de futuras interacciones en esta misma vía.

Otra de las preguntas que surgió en todo este contexto y que delimitó la intervención a la población de las comunidades educativas, fue la pregunta por la formación en solidaridad y cooperación que se está dando a los jóvenes, niños y niñas, en las Instituciones y centros Educativos. ¿Desde dónde se les está hablando de la solidaridad, si se está teniendo o no, en cuenta sus propias experiencias como jóvenes, si se está retomando, o no, el dialogo de saberes que trasciende la edad, la raza, el sexo, la profesión y la condición sociocultural y económica? Y finalmente, si ¿la formación en solidaridad es solo para las poblaciones más vulnerables y carentes de recursos económicos

excluyendo a las poblaciones que tienen estas problemáticas del dinero resueltas, pero teniendo otras de índole vincular y subjetivo por resolver?

Todas estas preguntas no pierden vigencia con el ejercicio práctico de la intervención, todo lo contrario, se fortalecieron y fueron encontrando respuestas en la interacción con las comunidades. Respuestas de lo práctico, que iluminadas desde la teoría, muestran los posibles pasos a seguir, en este proceso de aportarle, desde la Psicología social, comunitaria y educativa, al proceso de formación en Solidaridad que se gesta y se desarrolla en la ciudad de Medellín.

Al dar inicio a estas consideraciones y aportes retomados en el ejercicio práctico, que están abiertos para la discusión, se considera trascendental partir desde los fundamentos de la psicología social y de los aportes del Interaccionismo Simbólico sobre los conocimientos de lo humano y su imbricada relación con el mundo social. El cual construye a los agentes y por el cual a su vez son contruidos, en una interacción constante y permanente con los otros. Esta posición, no desconoce los aportes de las otras ciencias sociales que también se han interesado por el tema, como son las ciencias económicas y políticas, sino que las retoma y las complementa, reformulando estas mismas preguntas a la luz de las construcciones teóricas y éticas de la Psicología Social, donde la construcción de la conciencia social, de las realidades sociales y de los “contextos simbólicos” (Carmona, J., y Tobón, F, 2008) colectivos, pasan por los procesos subjetivos de significación e interpretación interna y subjetiva. Dando lugar a la “ideologización, naturalización, habituación, familiarización y/o concientización” (Montero, 1990), de significantes de exclusión e individualismo, como los propuestos por modelo actual y dominante.

Es este enfoque, no determinista el que devuelve la responsabilidad al sujeto y el que crea la posibilidad de contar con un margen de libertad, decisión y responsabilidad, que si bien es pequeño, permite que se puedan esperar resultados en las intervenciones y/o acciones psicosociales que están en la vía de construir un mundo diferente, rescatando al sujeto consciente, en la medida en que se pueda vehicular su deseo hacia este tipo de propuestas, en el orden de la inclusión, la responsabilidad social y la solidaridad.

Durante todo el proceso de intervención con las comunidades educativas, se buscó leer en la interacción de sus agentes y en sus significantes, las construcciones colectivas y el reconocimiento de los saberes y acciones construidas, mantenidas y reforzadas por ellos mismos, sobre la vivencia de la solidaridad, la cooperación y la asociatividad. Se dialogó con estos agentes desde sus propios significantes y se recogió la información desde su propia perspectiva. Se retomaron los significantes sobre la solidaridad y la asociatividad desde las mismas prácticas, sentires e interpretaciones de los integrantes de las comunidades. Teniendo siempre claro que la construcción de significantes guía la acción de cada uno de los agentes de estas comunidades. Asumiendo en toda la intervención, que sujeto y sociedad siempre estarán en interdependencia y que sólo desde allí, desde la acción interdependiente o interacción social, le es pertinente a la Psicología Social realizar las lecturas, las intervenciones y acciones con las cuales se busca el mejor estar de las comunidades que han realizado una demanda sobre una problemática o necesidad sentida.

Durante la fundamentación teórica, se encontró en el artículo “Educar para la Solidaridad” de la profesora Buxarrais:

Sabemos que el Estado de bienestar enfatiza, además, los derechos sociales: trabajo, educación, pensiones, y precisamente son estos derechos los que exigen una transformación, no sólo de las políticas gubernamentales sino de las mentalidades y actitudes individuales. Una transformación hacia la solidaridad que obliga, por ejemplo, a emprender tareas tan urgentes hoy como redistribuir el trabajo, resolver las discriminaciones étnicas -formas de desigualdad que provienen de la insolidaridad entre la gente, del miedo y la desconfianza hacia lo desconocido-, y aunar esfuerzos hacia la sensibilidad ecológica que detenga el deterioro del medio ambiente. (Buxarrais, 1998).

En este texto y en el contexto de la intervención, se valida la necesidad de formar para la emergencia de la acción solidaria en los sujetos. Una necesidad sentida más allá de las organizaciones cooperativas. Una necesidad de formar para la solidaridad transformadora de los Estados de bienestar, donde la educación en derechos exige la transformación urgente hacia sociedades más solidarias entre sus individuos y con el medio en el que habitan, trascendiendo las políticas públicas que benefician desde el Estado

Benefactor la solidaridad, hacia las mentalidades y actitudes de los agentes que conforman los colectivos, comunidades y la sociedad en general.

Partimos de la base de que la solidaridad es una actitud, una disposición aprendida, que tiene tres componentes: cognitivo, afectivo y conativo. De aquí que los conocimientos que una persona tiene son suficientes para fundamentar la actitud, acompañados del componente afectivo -el fundamental-, y el conativo o comportamental que sería el aspecto dinamizador de dicha actitud. (Buxarrais, 1998).

Una de las tesis que fundamentales está alrededor de la importancia de la formación desde la cotidianidad, donde lo afectivo cobra gran importancia. Es por ello que los aportes de la profesora Buxarrais son de gran significado en esta vía y permitieron durante la intervención intencionar cada una de las actividades propuestas.

Este trabajo de intervención permitió comprobar los aportes teóricos que afirman que son las creencias o significantes subjetivos las que se convierten en causas de las acciones que construyen un modelo de exclusión y pobreza, no solo como carencia de dinero, sino, como carencias para las relaciones amorosas y solidarias, equitativas, respetuosas e incluyentes con el otro. Pues la falta de solidaridad en el mundo no se resuelve solo con el acceso a bienes y servicios y con el aumento estadístico o la democratización económica, sino con la real posibilidad de desarrollo de los potenciales humanos en el aprendizaje de nuevas experiencias vinculares, en el acceso a los conocimientos, a la información y la posibilidad real en espacios colectivos, de operativizar esos nuevos modos y formas de hacer las cosas, que se proponen con un modelo educativo que tiene como objetivo la emergencia del sujeto solidario y la construcción y mantenimiento de una cultura solidaria.

Este desarrollo de las potencialidades y el aprendizaje de nuevas experiencias vinculares, amorosas y solidarias, deben estar transversalizadas por la posibilidad de la expresión artística y creativa dando lugar a la potencialización del ser autónomo, capaz de cuestionar y replantear los significantes e imaginarios propios y colectivos, asumiendo desde la elección crítica, una actitud autogestionaria hacia el cambio, que lo lleve a través de los

procesos de responsabilización como sujeto ético, a la construcción activa de su vida y como consecuencia de ello, asuma también la actitud ética y solidaria del sujeto político, que aporta y se hace responsable del tejido social en el que habita.

Dice la UNISUR que es necesario “mantener la comunicación constante y una motivación permanente, para que los asociados (en nuestro caso las comunidades educativas) se impliquen afectivamente y se comprometan socialmente en la consolidación del movimiento solidario.” Y en el caso particular, en la consolidación de la Cultura Solidaria,

“porque no hay acción eficaz si no existe motivación racional e implicación afectiva. Igualmente no habrá valores, si no existen sentimientos, emociones y calor humano.... En estos rasgos nos diferenciamos de las máquinas y de la acción tecnocrática e instrumental. Cuando las acciones se sienten y se viven se expresan con vehemencia y emoción aunque muchas personas creen que “eso es demagogia”” (UNISUR, 1993).

Quizás cabe entonces a esta altura, señalar que la condición sine qua non, para la construcción de un modelo de formación para la solidaridad y la cooperación, tiene que estar transversalizado por la conciencia de las emociones y por la formación de las mismas. Así los espacios educativos, dentro y fuera de la escuela o Institución Educativas, serán espacios donde el amor al otro, entendido éste no solo desde la concepción romántica, sino desde la propuesta de respeto, aceptación de la diferencia y su materialización en los actos solidarios y cooperativos con el otro, propicien un espacio de convivencia donde estudiantes, docentes y facilitadores creen un lugar para el encuentro, la acogida y el respeto mutuo. Dice el profesor Maturana que en estos espacios “se formarán niños capaces de tomar decisiones desde sí mismos, capaces de respetarse y respetar a los demás, capaces de aprender cualquier cosa. Como consecuencia tendremos ciudadanos democráticos, serios y responsables... no centrados en la competencia sino en el placer de estar en la corporalidad, en la relación con los demás.” (Maturana, 1999). Espacios más allá de las aulas de clase, que tendrán efectos sobre la cotidianidad de los sujetos del aprendizaje, que traspasaran el ejercicio cognitivo y de reflexión, para encarnarse en el vínculo con el otro, en las relaciones familiares, laborales, de amistad y de pareja etc. Logrado impactar el diario vivir con la solidaridad y la cooperación real, esa que se lee, no sólo en

los textos de la doctrina filosófica del cooperativismo, o en los textos de profesionales de las ciencias humanas, entre ellas la economía y la psicología social, si no en la vida misma de los hombres y mujeres que conforman las organizaciones cooperativas y solidarias, como un ejemplo de vida a seguir por el resto de la sociedad.

Esta disertación propone todo un reto para la promoción de la cultura solidaria y la emergencia del sujeto solidario, ya que se vuelve imperativo desarrollar estrategias y herramientas que permitan capturar la atención de los sujetos-agentes de las comunidades educativas, que logren que las propuestas para la práctica de la solidaridad y la asociatividad salgan de la monotonía de las conferencias de doctos sobre el tema, de los talleres pasivos con metodologías magistrales donde los agentes tienen su atención puesta en otros objetos de su mayor interés y que hacen parte de su inmediata realidad. Una propuesta un poco más personalizada que elimine la producción en masa o en serie que promueve el actual modelo educativo colombiano, que permita más los procesos de acompañamiento en la acción, la reflexión y la formación.

Entonces, para intentar acercarse a una posible respuesta a pregunta que ilumina este escrito, me atreveré a decir que puede ser posible la emergencia del sujeto solidario solo con propuestas donde lo psicosocial aporte a la resignificación de las creencias o significantes de exclusión, inequidad, injusticia e insolidaridad. Sabiendo que para la ejecución de este tipo de acciones se requiere un poco más de tiempo, recursos y profesionales comprometidos con la transformación de los modelos imperantes de exclusión, solo así se permitirá la construcción de la solidaridad desde los elementos fundamentales de la sociedad, los sujetos que agencian la construcción de sus propias realidades y no desde las buenas intenciones de las políticas públicas que se quedan muchas veces en el papel, o desde el deseo de mesías de los agentes expertos y externos, muchas veces profesionales o intelectuales con muy “buenas” intenciones, pero igual de alienados por el sistema dominante de exclusión y que no han logrado dar el salto cualitativo hacia el reconocimiento real de los saberes no sabidos o no conscientes de las comunidades en la que ellos buscan intervenir no interactuar.